

La sombra

HERMINIO MARTÍNEZ

A noche, cuando por primera vez la vi entrar a mi habitación proyectada por la luna de junio, más que miedo, sentí curiosidad, imaginando que se trataba de un espectro, una silueta, cualquier rama de árbol, gato o ave. Al lado de mi pequeña propiedad hay una construcción de tres niveles, sus dueños suelen venir cuando el río viene crecido y los campos semejan una esmeralda viva salpicada a trechos por las flores. Ahora mismo están aquí.

Nosotros conservamos esta modesta finca, entre el río y el antiguo cementerio, adonde también me gusta venir a descansar tres o cuatro días, una semana, un mes, a veces solo, a veces acompañado por mi mujer o algún amigo. Nuestros hijos, de niños, gozaban andar corriendo detrás de los conejos o apedreando a los tordos, buscando ranas o echándose al agua desde los sauces de la orilla. Pero con la adolescencia los tres dejaron de interesarse en estas tierras, en las que nadie vive, a excepción de las breves temporadas de relajamiento y reposo que algunos mayores acostumbábamos recetarlos, como si se tratara de una prescripción médica. Las novias, los estudios, los viajes, sus propios compromisos terminaron por separarnos de aquellos tres muchachos que tantas veces vagaron por aquí conmigo, por las riveras y los bosques, hasta las laderas y las colinas más distantes, siempre frescas y pobladas de hierbas en perpetua floración. Así como nuestras

furtivas excursiones aun al antiguo camposanto, al que nadie, a no ser que ande medio despistado o ebrio, se acerca, y no porque allí ocurran ciertos hechos, espantosos o algo parecido, sino sencillamente porque es un lugar tan invadido por la maleza y otros árboles de espinas, que nadie se atreve a entrar por el miedo a caerse a alguna de las múltiples tumbas abiertas que alguna vez guardaron un cadáver, hoy sólo muestran polvo, piedras, alimañas y la leyenda de que en noches de luna, como hoy, suelen ser refugio de algunos delincuentes.

“Tiene que ser un gato o una rama del fresno –pensé, al ver cómo aquella insólita mancha del color de la noche se metía a la habitación y, como si fuera una persona, se detenía ante mí, larga, con cabeza y extremidades perfectamente definidas. ¿O qué otra cosa?”.

La tenía delante de mis ojos. Agitándose como un trapo podrido o una paloma negra, sólo que del tamaño de un caballo, pero sin cambiar de posición, hasta que me senté para admirarla más detenidamente. Entonces, como si percibiera que la observaba, dio un rápido salto hacia la pared y aun quiso meterse debajo de la cama, sólo que mis palabras la obligaron a permanecer de pie, temblorosa y tímida como el más humilde de los cachorros vertebrados.

“¿Qué diablos es esto? pensé, acordándome de una serie de gritos de terror, aullidos, golpes, llantos y otras voces terribles llegadas hacía rato con el viento que desde las seis de la tarde había empezado a soplar por el rumbo del llano donde se encuentra el cementerio, pasando, primero, por la propie-

dad de los vecinos, a quienes apenas por la mañana había podido saludar. No es una rama, tampoco una lechuza, ni un gato, ni un perro grande, ¿entonces? Se mueve, está articulada, parece la sombra de una persona, pero fuera del cuerpo y adentro de mi casa. ¡Absurdo!”.

Me volví a frotar los ojos para estar seguro de que no estaba soñando y aun arañé la pared de piedra, con el ánimo de cerciorarme de mi estado.

“¡Por Dios! –exclamé. Por supuesto que estoy en mis caba- les. O al menos eso es lo que supongo”.

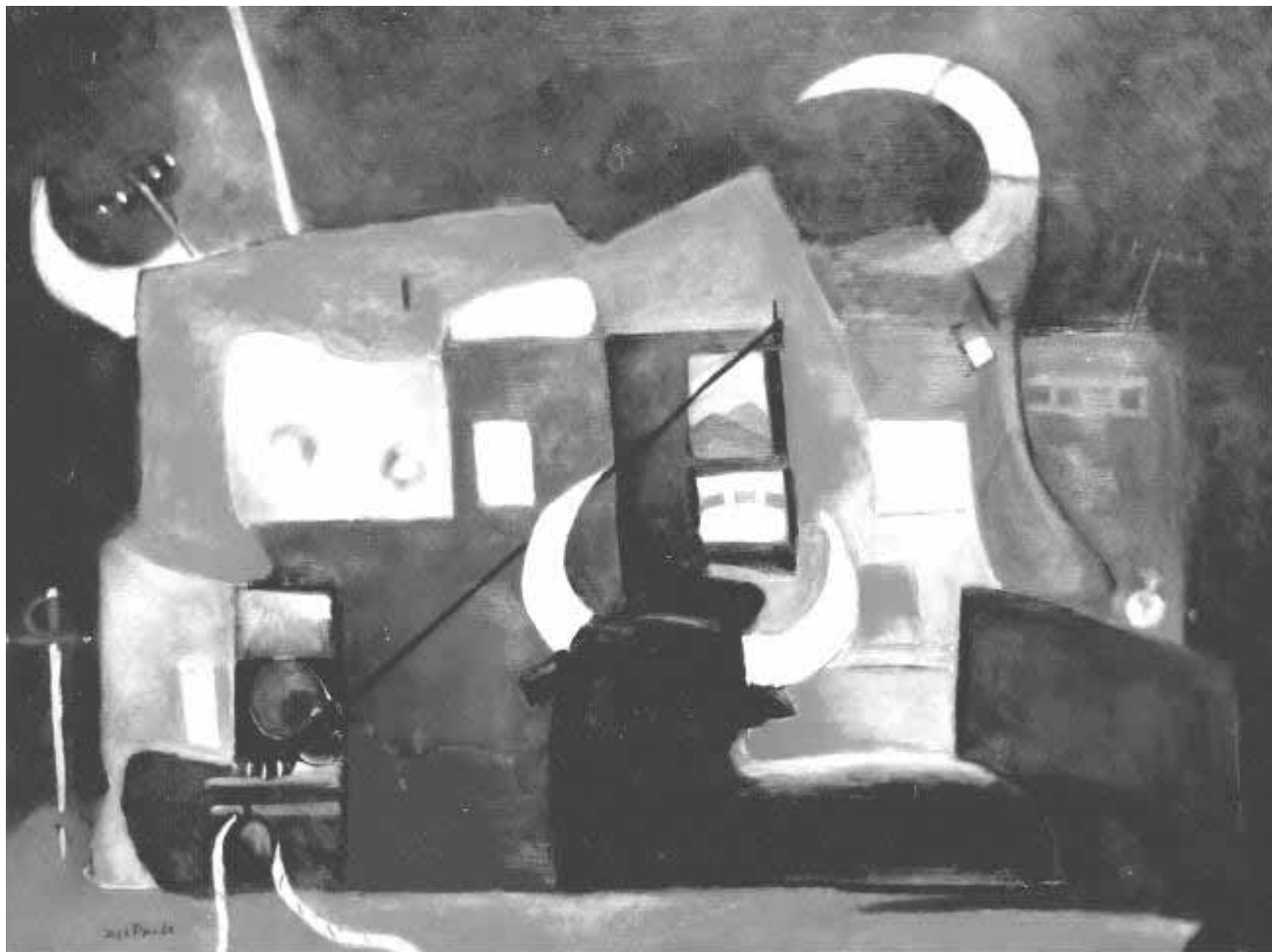
A un movimiento de mi cabeza, aquel fantasma, reflejo, espejismo o sombra proyectada desde la intemperie, al fin se enderezó, permitiéndome descubrirla en su tamaño real: medía casi tres metros y en cada mano llevaba garras, uñas, tijeras o cuchillos, con las que, de pronto, comenzó a rascar la madera de la mesa sobre la que había colocado, antes de

acostarme, unos vasos, botellas de vino tinto, queso, pan y algo de jamón. Lo más sorprendente fue que ella removía inquieta las bolsitas de papel en que vienen los cacahuates, las papas fritas y tantas otras cosas de comer.

“¡Tiene hambre! –dije, atento a los escalofriantes pinchos de sus manos. Ahora desgarró los papeles. Y gruñe como un perro hambriento... ¡Dios mío, apiádate de mí!”.

Efectivamente, había terminado de romper todas las envolturas y, como si realmente fuese un ser humano, saboreaba, devorándolas, todas aquellas golosinas que, por lo general, uno compra y consume únicamente para acompañar un vaso de buen tinto.

“¡Increíble! –continué. Ya se comió todo el jamón y todo el queso... ¿Qué hace ahora? ¡Oh! Sí, trata de abrir una botella... Ya cogió el sacacorchos, lo mete... ¡Dios!... ¡Ya lo sacó!... ¡Bebe! ¡Bebe!... Su inteligencia es sorprendente. También su hambre”.



Del Prado

Ignoro si me quedé dormido o si alguien me dio un golpe en la cabeza. Sólo recuerdo que por unos instantes estuve abrazado a algo jadeante, húmedo y viscoso. Nada más...

El hecho es que hoy amanecí con un dolor en la cabeza y muchas, pero muchas náuseas. También siento magullado un hombro, las costillas y toda esta parte de la espalda, como si en sueños me hubiese defendido de un ataque feroz. Definitivamente esto no ha sido un sueño... Ahí está una prueba más: la madera de la mesita está más que marcada por arañones de puntas o puñales, rompieron el vidrio del espejo, volcaron los libros y dos botellas vacías fueron azotadas contra el piso. Las otras desaparecieron. Y ese olor, ese desagradable aroma a humedad y musgos putrefactos.

Estoy a punto de salir al supermercado, que no está a más de cuarenta kilómetros de aquí. Si digo que la cosa esa me dejó sin nada, caigo en este juego de la imaginación. Mejor debo suponer que me robaron mientras dormía soñando que el ladrón o los ladrones, disfrazados de pesadilla, reptiles o culebras, saqueaban todo cuanto hace tres días traje de la ciudad, incluyendo los cacahuates, los refrescos, las vituallas y los emparedados de jamón.

Ha caído otra vez la noche. Empujado por el cansancio y el desvelo me vine a acostar apenas regresé de dar un paseo por el juncal del río, con intenciones de saludar a mis vecinos, a quienes hoy no he escuchado hablar, ni correr a sus niños, ni cantar a las dos mujeres del servicio. Me gustaría preguntarles algo acerca de eso que me dejó sin víveres. No sé si me atreviera. Probablemente mañana lo haga. En cuanto amanezca iré a buscarlos, por si más tarde van a salir a las montañas. Les hablaré de frente, sin rodeos, así: "Hola, Vecino. Buenos días. ¿De casualidad no han visto rondar por aquí a algún desconocido? Fijese que ayer a mí me robaron todo cuanto traje de la ciudad: desde el queso parmesano hasta el pan, las latas, las conservas, los vinos y aun los dátiles y los dulces de miel. Mientras dormía, saquearon toda la despensa. Hicieron destrozos, me aporrearón, perdí el conocimiento... Hoy tuve que ir a comprar nuevamente cuanto me hace falta. Debieron haber sido

unos cuatro o cinco los ladrones, todos fornidos y sin nada de compasión en su negra y mísera alma".

Quizá no convenga ser así de explícito. Tal vez únicamente les haga dos o tres preguntas: "Perdón, vecino: ¿No han escuchado ruidos o voces raras por aquí? ¿Han visto personas diferentes a nosotros, quizá individuos de mal aspecto, merodeando por los alrededores de nuestras casas? Es que me robaron...".

¡Espantoso! ¡Horrible!... Como lo pensé, esta mañana fui a tocar a la puerta de la propiedad de los vecinos. Estuve llamándolos durante algunas horas hasta que comprendí que nadie me escuchaba. Entonces me subí a la barda y vi la cocina, la sala y los cuartos con las puertas fuera de sus chambranas, los dos perros tirados sobre el césped con los cráneos abiertos, igual que los cadáveres de las dos mujeres del servicio.

"¿Qué sucede? -me pregunté asustado, más tembloroso que un niño de siete años. Algo no anda bien aquí ¿Quién habrá cometido semejante crimen?... ¿Esta barbaridad? Llamaré a la policía".

Y sin pensarlo, encendí el motor de mi vehículo y salí hacia la caseta telefónica, que se halla de aquí a no más de diez kilómetros.

El espectáculo fue realmente aterrador. Cuando los cinco agentes y yo entramos a la cocina, nos impactó el desorden de los muebles, las vajillas, los restos de comida y los fragmentos de cristales alfombrando el suelo. Para ser más preciso, no había una sola cosa en su lugar. Pero lo más desagradable fue encontrar a toda la familia muerta, irreconocible. Aparte de los perros y las dos mujeres del jardín, el pequeño Gerardo yacía en su habitación, con los ojos de fuera, las dos piernitas rotas y un brazo desprendido; la niña, igual, prácticamente destazada. El vecino y su esposa, semidesnudos, en el corredor, habían quedado con señales de haber sido sacados violentamente de la cama por una bestia de fuerza no común, a como quedaron con los cuellos, el tórax, los pies y la cadera destrozados.

Naturalmente, a mí me han interrogado todo el día. Apenas se llevaron los cuerpos, ocho hombres se instalaron afuera de mi casa, acribillándome a preguntas sin ningún sen-

tido, pues el mismo médico forense, más los otros peritos concluyeron que el múltiple asesinato fue cometido por lo menos por diez hombres o un animal más grande y feroz que un tigre. Sin embargo, yo aproveché para comentarles mi experiencia con quien entró hasta esta habitación la otra noche. De inmediato se movilizaron a ver estos destrozos en las cosas del cuarto, los libros deshojados, la mesita arañada, el ropero sin lunas, la despena, los vidrios rotos, sin llegar a ninguna conclusión.

“Caballero, ¿va a continuar usted aquí?, antes de salir me preguntaron.

“No lo sé –respondí. Probablemente me marche ahora mismo... Al lado de mi familia me sentiré mejor...”

“Nos gustaría que se quedara uno o dos días más. Tenemos ciertas pistas que apuntan hacia las tumbas abandonadas del viejo cementerio... A cambio, le ofrecemos la inmediata exoneración de toda duda que pudiese llevarlo o retenerlo inútilmente en las oficinas del Ministerio Público... Claro, no estará usted solo, cuatro de mis hombres harán guardias continuas delante de su puerta. Para que descanse tranquilo. Se turnarán de dos en dos. Y si usted desea salir a caminar, unos permanecerán aquí y otros irán con usted, vigi-lándolo”. Agregó quien mandaba el grupo.

Acepté el trato, creyendo que no se repetirían las aterradoras experiencias. “Nada más grave o macabro me puede suceder ahora”, concluí.

“Está bien, me quedaré, pero será cuando mucho por tres días”, le respondí al agente.

“Tiempo más que suficiente –habló él, dándome una palmada en el hombro que aún me duele. Por lo demás, ni se preocupe. Confíe su seguridad a estos muchachos, como a la misma Providencia”.

Acabo de escuchar unos lamentos o gemidos provenientes de afuera. Pero no es el viento. ¡Claro que no es el viento! Son gritos de terror, voces de angustia suplicando piedad... Exclamaciones de pánico y alarma... ¿Qué estará sucediendo? Además, esos golpes profundos, las exclamaciones, las carreras, los gruñidos y esos balazos que retumban como golpes

secos. Parece que algo o alguien ataca a los agentes. ¿Habrán regresado los ladrones o lo que haya sido que dio muerte a toda la familia Marmolejo Dávila? Me asomaré... ¡Oh, pero si es la sombra! ¡Allí está!... La puedo distinguir. ¿Qué hace? ¡No! Arrastra dos cuerpos a la vez. Los otros dos también ya están descuartizados... ¿Cómo es posible? ¡Oh, Dios!... Prácticamente los ha triturado y aun se inclina... ¡Sí! A beber su sangre... Del cuello y las heridas en la frente y los brazos... ¿Por qué? ¿Quién es? ¿Qué es lo que busca?... Ahora viene hacia mí, ¡Dios mío! Hacia la casa. ¿Qué hago? ¿Para dónde me voy? ¿Para dónde me escapo?... La esperaré. Si mi destino es morir como los demás, lo acepto... Ya llega, ya está entrando, es la misma, enorme y con agudas garras, la misma de aquella vez... La tengo a sólo dos metros de distancia, pero no me toca ¿por qué?, floja como una prenda de vestir sin nadie adentro, se arrastra hacia la cómoda donde el otro día guardé las ocho botellas de buen tinto. También abre el refrigerador, saca las carnes frías, los embutidos. Destapa dos botellas, se las bebe ¿cómo es esto? ¡¿Otras dos?! Y no estoy soñando, porque ni siquiera me he acostado todavía. Estaba a punto de meterme a las sábanas, leía un poco, ¿qué está haciendo? Trepa por la pared, de veras, ¡qué enorme es! Apenas si cabe en el techo y la pared de enfrente. ¿Ese zumbido como de abejas o langostas será su voz? ¿Querrá decirme algo?

Por lo pronto no me ha hecho ningún daño, nada, sólo mirarme, porque supongo que me estará mirando... Si un día escribo esto, nadie lo creerá. Mañana o pasado, el gobierno, la prensa, los exorcistas, la religión, los científicos, los especialista en espionaje sacarán mil conclusiones del asesinato de los policías y mis vecinos, pero jamás se acercarán ni un milímetro a la luz de la verdad. A esta espantosa realidad que ahora rept a brinca, corre y salta, se mueve y camina sobre mi cabeza igual que una tarántula de sólo dos patas y un par de brazos retorcidos, en cuyos extremos mueve, a manera de manojos de dagas, tijeras u hojas de metal, cinco largos dedos con los que, de un sólo golpe, abrió los estómagos de los agentes de la ley, dejados allí ¡ay!, dizque para mi mayor tranquilidad. 🐜